



El alma rondeña de Juani Bulerías

10 años de otra vida

(a Elena Navas, su mujer, por amarle y... quererme)

por Faustino Peralta Carrasco

CRONISTA OFICIAL DE LA CIUDAD DE RONDA

Hay personas que transmiten luz y esa llama nunca se agota aunque pasen a otro estado. Su energía sigue latente, porque sus valores son eternos. Su resplandor trasciende a toda la ciudad de donde son o han vivido, como personajes imborrables que la identifican. Una ciudad como Ronda, o como tantas otras, la conforman muchos elementos que armoniosamente conjuntados configuran su fisonomía y personalidad, que la hace diferente y distinta.

Ronda es paisaje, es historia, es monumentalidad, es duende, es altura, es hondura, es misterio... pero también es el espíritu de su gente, y entre ellas están las que sentimos son de todos, porque son populares, entrañables, generosas, humanas, se funden con la ciudad y sobre todo son muy reconocidas y queridas.

Nuestro Juani fue una persona que se entregó a Ronda con pasión, porque así la sentía y la defendía. Y ya sabemos que la pasión por un lado te da vida, pero por el otro te la quita. Lo realmente valioso es lo que se hace con pasión y entrega, lo que tiene fuerza y posee valor, lo que transmite y se trasfiere, lo que hace que se viva la vida y la vida no te viva a ti. Y bien que supo vivirla. Distinguía perfectamente entre triunfo y éxito. Se puede triunfar en muchas cosas, alcanzar logros, victorias, objetivos, metas... pero este, al ser puntual, es pasajero, reconocible pero olvidadizo. El éxito es más terminal y por ello más permanente, porque es más subjetivo y personal, es intrínseco, es exclusivo de uno mismo e intransferible. Se puede triunfar y no tener éxito, pero para tener éxito es imprescindible triunfar. El triunfo se gana y el éxito se merece. El triunfo alimenta la vanidad, pero el éxito la trasciende. Se puede envidiar el triunfo, pero no el éxito, porque este es privativo de uno mismo y, por tanto, inalcanzable.

Juani Bulerías triunfó en su vida profesional y familiar. Fundó una empresa, Gestoría Jiménez, en la que

supo ensamblar toda la maquinaria familiar, que ahí sigue, hasta convertirla en una empresa de éxito. Bien satisfecho se consideraba por ello.

Pero de lo que más se sentía orgulloso era de ser rondeño. Fue un rondeño de éxito, algo nada fácil, inigualable, singular, exquisito, único... Su trabajo y su vida estaba en la calle, entre los rondeños y serranos, ahí estaba su ocio y su negocio, su medio natural. Siempre dispuesto a escuchar, a ayudar, a señalar un horizonte de esperanza ante cualquier problemática ajena que se le planteara. Admirado y querido. Su compañía transmitía seguridad; su sabiduría de la vida, inapelable. Era como un ángel de la guarda, querubín rollizo, al que muchos acudían en busca de amparo, en forma de una palabra de aliento, de una orientación acertada, de una solución dispuesta a ser encontrada.

Le gustaba escuchar más que hablar, bromear e ironizar más que criticar... Tenía su retranca y salidas insospechadas, de mentiriquillas, de sutilezas que había que entender: “Las cosas de Juani”, siempre perdonables porque poseía el arte de la gracia que no todo el mundo tiene.

Amaba a Ronda y a los rondeños que se lo merecían, a los buenos, a los llanos, a los humildes, a los que van por derecho, a los que aportan..., sin distinción de ninguna clase. Como gran observador del ambiente, no del medio sino del entero, tenía una especial sensibilidad para “calar” a las personas y se equivocaba poco. Mirarle a los ojos y detectar los apenas imperceptibles gestos de su rostro, ya delataban su veredicto.

Aprendí mucho con él, “mamé mucho de sus pechos”, como le gustaba decirme. Disfrutábamos mucho hablando de Ronda, soñando como nos gustaría que fuera y rememorando como fue. Pero también era uno de esos amigos de verdad, leales por delante y por detrás y que a



mí me gustan tanto: “amigos para hablar hay muchos, pero amigos para estar callados hay muy pocos”, y Juani era uno ellos. Hablar no era obligatorio, con tenerlo cerca, al lado, con su compañía era más que suficiente.

Extraordinario anfitrión y excelente embajador de Ronda, sin título alguno porque el diploma más que ganado, merecido y otorgado lo llevaba en su alma. Ronda para Juani era la gran Obra de Arte de su vida. Formaba parte de su ética y su estética, puro temperamento rondeño. Amante de nuestra cultura y tradiciones, por condición propia, porque vivía diariamente con ella. Pertenecía a ese círculo socio-cultural rondeño de elegidos, al que únicamente logran formar parte los que los rondeños quieren por aclamación social, por méritos propios, porque “donde estaba Juani estaba Ronda”, como ya dije en otra ocasión.

A los rondeños siempre nos ha gustado en general mostrarnos abiertamente y deslumbrar con nuestra ciudad, con nuestra forma de vida y nuestras tradiciones, orgullosos de nuestra condición, de la que nos sentimos muy satisfechos, y nos gusta manifestar nuestra felicidad por ello, poniendo más el acento en la condición (lo que somos) que en nuestra situación (cómo nos va). Juani era paradigma de ello, pero también se preocupaba y ocupaba, y mucho, por la situación de Ronda. Fue un gran empresario-trabajador que le gustaba disfrutar de la

vida, porque sabía que vivía en un paraíso.

Se identificaba con todo aquello que Ronda representa, por supuesto con su cultura y tradiciones, pero también con otros factores más sensibles que hay que saber ver y detectar: un olor, un paisaje, un rincón, una ventana puerta, un cierro, un perfil, una arquitectura, una estética, una artesanía, un producto, una indumentaria popular propia, una música, un color, un sabor, una gastronomía, un espectáculo, una textura, un tradición o costumbre, un rito, un dicho, una celebración, etcétera, etcétera... Tenía clara conciencia de todo ello y sabía valorarlo y disfrutarlo.

Muy consecuente y sabedor de lo que significaba Ronda en la historia y en el panorama cultural andaluz, de sus ferias, de su semana santa, de su tauromaquia, de sus orígenes en el flamenco... todas estas manifestaciones nuestras las vivía y las experimentaba con intensidad, y le gustaba profundizar en el conocimiento de ellas.

Para él, parafraseando a un poeta andaluz: “Ronda era un sueño, que algunos rondeños llevamos dentro”.

Querido Juani, diez años después seguimos contigo, con tu alma rondeña, y también echándote en falta hasta que nos reencontremos, de lo que tenemos muchas ganas; pero ya sabes, ninguna prisa.

